

PRIMERAS IMPRESIONES DE CELIA VIÑAS A SU LLEGADA A ALMERIA

Por

*Francisco Galera Noguera

Tras obtener el número uno en las oposiciones a Cátedra de Instituto, Celia Viñas elige, de entre las seis plazas existentes, Almería como lugar de trabajo. Esta elección, lógicamente, no fue realizada de forma espontánea, gratuita o romántica, sino «*muy meditada y consultada. D. Luis —amigo de la familia y que ella conoció en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas— quería que fuese a Calatayud, pero Riber me puso en aviso y el Tribunal me aconsejó a Almería. Tengo una revista de información... en la que constan los alumnos del curso pasado en cada Instituto Nacional. A más alumnos, más dinero, me dijeron, y como la cuestión distancia tiene poca importancia para quien hará cuatro viajes al año, me fui a Almería que tiene 1.309 alumnos en total —Calatayud 442, Lugo 1013 masculino pero creo que la vacante es femenina con muy pocos, 300, Huesca 681, Teruel 373. Además el sol y el mar me tiran mucho no quiero pasar frío. Tengo muchas recomendaciones para Almería y me aseguran que lo pasaré bien. Mi próximo traslado a Palma siendo número uno parece que no presentará dificultades...» (1).*

Desde el primer momento de su llegada —marzo de 1943—, mantiene una asidua correspondencia con sus padres y hermanas que viven en Palma de Mallorca. En esas cartas, extensísimas —algunas de ocho cuartillas por ambos lados— y llenas de sinceridad, recoge sus impresiones sobre el paisaje, las gentes, la ciudad, sus calles... Todo se lo va comunicando de modo detallado. Creo, sin temor a equivocarme, que la mejor fuente para conocer a la auténtica Celia son sus propias cartas. En ellas nos abre las puertas de su alma de par en par y nos entrega sus pensamientos, sus deseos, sus proyectos, su estado de ánimo y, al mismo tiempo, la minuciosa descripción de sus agudas observaciones. Ahí no hay doblez ni engaño posible. Constituyen su verdadera autobiografía.

*Maestro, Dr. en Filología Románica.

Veremos el impacto que nuestra tierra le produjo a su llegada. Serán sus propias palabras las que ocupen, en gran medida, estas páginas. Ella habla de *«este nuevo episodio de mi vida que va a titularse, así, sencillamente: Almería»* y, un poco después, confiesa que tiene *«el alma esencialmente provinciana, campesina. A Madrid preferiré siempre Almería y a Almería Cox o Benahadux»* (2).

En varias de sus cartas describe las ciudades y pueblos por los que ha pasado en tan largo viaje desde que partió de Palma, deteniéndose en Alicante y Murcia. Siente curiosa impaciencia de que la narración toque tierra almeriense y poder hablar de las uvas, de los vendedores de cacahuetes, del cupón del ciego... Será en la que lleva fecha de 24 de marzo de 1943. Interesa arrancar desde Huércal-Overa, primera parada prolongada de la Alsina. Sus impresiones saben a miseria y abandono, a hambre y atraso, envueltas en un canto al paisaje.

«Huércal-Overa ya es Almería, y la Almería leyenda negra. Y más allá de Huércal... Oh! Un verdadero paisaje lunar, montes y más montes completamente pelones sin un arbolillo, sin una mísera yerba. Una acuarela sin el verde. Cielo y monte. Nada más. El automóvil se detenía en algunos cruces de caminos donde dormitaban unos guardias civiles, bajaba un hombre, subía una mujercita y seguía corriendo, corriendo el coche, subiendo montes y bajando montes, sin ver nada más en mucho rato...» (3).

Da cuenta, en esta misma carta, de una anécdota espeluznante. Así la presenta: *«En uno de los cruces de camino intentaron que subiera al automóvil una muchacha loca, una muchacha de pelo alborotado y ojos maravillosos. Cuando nos vio a todos tan seriamente sentados en nuestro asiento respectivo y con unas caras de palmo, unas caras de... kilómetros, se negó a seguir en el coche y se bajó gritando: Están locos, están locos. ¿A dónde van metidos así en una caja? Están locos...»* (4). A nuestra autora le impresionó hasta el extremo de pensar que *«en aquel momento seguramente éramos algo diabólico para aquella chica. En verdad, éramos el camino del manicomio. Por lo tanto éramos locos. Para aquella chica éramos todos locos, metidos en un cajón, camino de una casa de Beneficencia Provincial...»* (5).

Mientras la Alsina se dirige lentamente hacia Cuevas, segunda parada importante de la provincia, allá quedó la loca gritando. Y, ante nuestros ojos, la ya referida miseria de los años cuarenta y las primeras observaciones lingüísticas de la nueva profesora, así como la sequedad de estas tierras. *«En Cuevas... fue una avalancha de mendigos, mendigos de todas las clases, niños, ancianos, mujeres y pronunciando perrica con una elevación ya características de la voz, muy de Almería. Aquí la gente no habla muy andaluzado, tan sólo en las S se nota el Sur de España. Dicen «Vendré a "la-ocho" o si no "mañana a la-tre" y abren mucho las E. Pero lo característico es hablar en un tono elevadísimo, casi a gritos. Los primeros días me costaba dormirme por la noche, oía a la cocinera que*

está tres pisos más abajo, discutiendo con el mozo. Y, por las mañanitas, los viajeros que tenían que salir a estas horas absurdas de los trenes, decía: «Adió» y ya me despertaban a las cinco de la mañana. Cuevas fue el primer sitio de la «perrica». Me gustó el pueblo blanco, limpio, con palmeras y muchas sementeras. Trigo joven que hacía lanzar exclamaciones a los de Huércal: ¡Qué trigo este año, qué trigo! El de Palma cuando me fui, estaba casi más alto. Pero aquí, donde raras veces llueve, este año parece que es año de bendición. Por lo menos ayer llovió en el mismo Almería. Y llovió a gusto. Y otra vez la monotonía de este campo, pobre...» (6).

Hasta hubo un hueco para la diversión y el descanso en tan pesadísimo viaje. Y esto con los carnavales, tan poco frecuentes en aquella época. Será un pretexto más para darnos su visión de estos hombres, mujeres y niños, comparándolos con los de Almería y Palma. *«En Tabernas nos divertimos mucho. La gente alegraba el Carnaval. Paseaba el pueblo en traje dominguero y se tiraban los unos a los otros puñados de confetti como en un auténtico carnaval «avant guerre». Hasta a un cura bobalicón, que se paró frente al coche para ver quién iba y venía, le echaban papelillos de colores los niños. Los niños disfrazados como en todo el mundo con mantoncitos y faldas muy largas pero con una cantidad de flores en la cabeza que asustaba. Flores en su mayoría artificiales, de papel, y ¡dale! arriba y abajo hombres eran muy achulados como ya no lo he visto en Almería. Yo, la verdad, me asusté, pensé que si aquello iba en progresión, no iba a poder caminar por Almería, pero afortunadamente, aquí son de tipo aplatanado como en Palma y no he vuelto a observar miradas asesinas como en Tabernas. Parece que la Almería típica de la navaja, de la faca, es la de Cuevas, la de Sierra Almagrera. Aquí, en Almería, son más levantinos, más tranquilos. Sólo he visto una pelea en el barrio de pescadores y era una bonita pelea a puñetazos... y frente al mar. Un mar clásico, perfecto. Me acordé de Blasco Ibáñez. No sé si por el mar o los puñetazos. Bueno, en Tabernas los hombres eran muy García Lorca y no sé por qué les gustaba. Y digo no sé por qué, porque aquí las mujeres son muy guapas y muy precoces. Tengo yo alumnas de 18 años que parecen hermanas mayores mías. ¡Qué proporciones! y no me refiero a la estatura pues son bajas. Con los muchachos sucede algo semejante. Los de 20 años son como los de 26 en Palma. Bigotitos y hombros anchos. En cambio, espiritualmente están, ellas y ellos, cuatro o cinco años por debajo de la edad de Palma. Tengo en clase honrosas excepciones o incluso una excepción colectiva, el cuarto curso femenino...» (7).*

Continúa su relato con la salida de Tabernas, la vista del mar, el oasis del Andarax y concluye con la llegada al, ya desaparecido, Hotel Simón, en el Paseo del Generalísimo, donde Celia pasará su primera noche almeriense. Era el ocho de marzo. *«Por fin, después de unos recodos para elevarnos sobre el llano que sigue a Tabernas, vimos a lo lejos el mar. Creo que todos suspiramos, el mar... Habíamos atravesado un verdadero desierto, el mar se encontraba a nuestros pies*

todos suspiramos, el mar... habíamos atravesado un verdadero oasis, el mar se encontraba a nuestros pies casi, el mar y un oasis Benahadux, con nombre auténtico de oasis, palmeras, naranjales y un estanque donde revoloteaban las golondrinas, las primeras golondrinas que he visto este año. Naranjas y golondrinas. Bonita bienvenida a mi llegada a Almería. Afueras industriales de una ciudad, tapias, chimeneas, mucho carbón; enfilamos, por fin, una calleja estrecha de pisos no muy altos y por fin un ancho paseo de palmeras. Paseo del Generalísimo. Me doy cuenta de que estamos en el célebre paseo del Príncipe. El auto se detiene y una nube de niños sucios se pelean como pilluelos árabes por llevarle a uno la maleta. ¿Hotel Simón? Está a dos pasos y a las siete de la tarde entramos mi maleta y yo en el gran Hotel Simón. Habíamos salido a las diez de Murcia. A las diez de la mañana. ¿Y Guadix?

De lo que sueltó a nuestra llegada a Almería podré volver a contaros con mucho gusto la próxima semana al punto de ~~estancia~~. Seretinal Seretinal Seretinal.

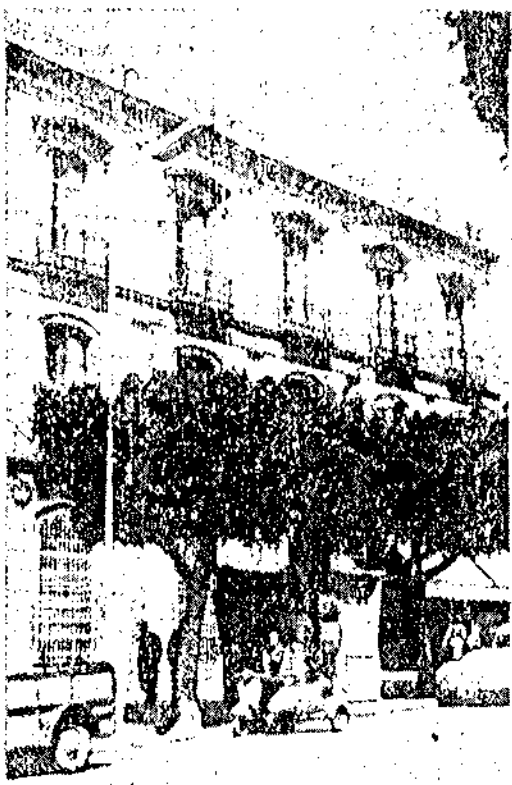
Carta autógrafa a sus padres (24/marzo/43).

casi, el mar y un oasis, Benahadux, con nombre auténtico de oasis, palmeras, naranjales y un estanque donde revoloteaban las golondrinas, las primeras golondrinas que he visto este año. Naranjas y golondrinas. Bonita bienvenida a mi llegada a Almería. Afueras industriales de una ciudad, tapias, chimeneas, mucho carbón; enfilamos, por fin, una calleja estrecha de pisos no muy altos. Y por fin un ancho paseo de palmeras. Paseo del Generalísimo, Me doy cuenta de que estamos en el célebre Paseo del Príncipe. Y el auto se detiene y una nube de niños sucios se pelean como pilluelos árabes por llevarle a uno la maleta. ¿Hotel Simón? Está a dos pasos. Y a las siete de la tarde entramos mi maleta y yo en el gran Hotel Simón. Habíamos salido a las diez de Murcia... »(8).

Les habla, en otra carta posterior, de dicho hotel. «Cuando entré por la puerta del Gran Hotel de Almería, me di cuenta inmediatamente de dos cosas: que aquello era muy triste y que sería muy caro. El dueño del Hotel, el señor Lussning, Rodolfo Lussning, era un austriaco que saludaba poniéndose firme y juntando secamente los talones de las botas como un príncipe de opereta... Todo era muy respetable y muy viejo. En un rincón un grupo de viejecitas tertuliaba. Todas eran viudas de militares, de generales, todas tenían hijos en todas las guarniciones de España... Medían la importancia de las poblaciones a base de su guarnición. Y recordaban los tiempos idos como si todas también fueran austriacas. Me acordé de aquellas películas sobre los rusos blancos trampeando por los hoteles franceses y ya no me cayó en gracia el hotel. Las criadas o tenían aspecto de monjas o de brujas...» (9).

Tras su estancia en San Fernando Hoese levantó en una casa señalada con el número de las esquinas del solar que fue antiguo Paseo del Príncipe, llamada de los Trilés Francés, entre Ave

alcalá y
de Almería
de comar
el «Hotel
también
del París
pro «Pro
fusa
de manos
esta que
liber y
tiempo
La en
sombra
estaba o
a comar
as de ca
na, traza
de ave
de bri
travilla
guando
Don
eso vecl
a V. S.
exponer
alquindo
que fue
extinguido
San Fran
a ciudad
inda por
la calle
con un
antes de
Pucche
ence una
que parte
y su sa
de a la
cuna. Fa
an Pedro
por Nor
calle de



Farmacia del popular Hotel. Signo desaparecido
del Gran Hotel. Foto: Iker Marín

(9) Celia Viñas, "Los años de la guerra", en "Cronología de los veintidós años"

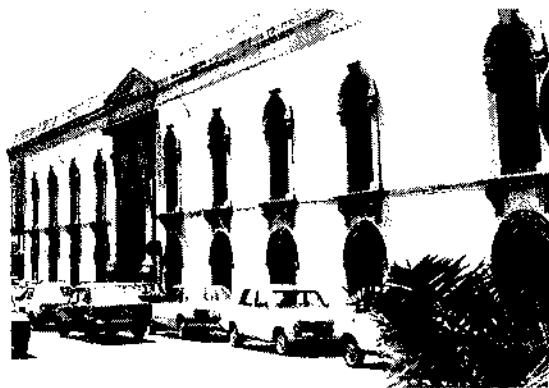
Allí, en el mismo hotel, le fue presentada la que, a su llegada, era la profesora encargada de Lengua y Literatura en el Instituto, Carmen Fontecha. Charlaron de muchas cosas relacionadas con el Instituto y que a Celia le interesaban. De ésta, que será su compañera, nos ofrece el siguiente retrato: *«Quince años becaria en la Junta y últimamente en el Consejo, siete años profesora en los Cursos para Extranjeros en Madrid y Santander, auxiliar en la Universidad de Oviedo, ayudante en la de Madrid este curso anterior... Hija de un Ingeniero, hermana de un General de Sanidad, etc., etc. Fue con su corrección rayana en ridiculez casi, también austriaca, como todo lo del Simón, mi introductora en el Instituto de Almería... Cuando cobra su sueldo va al gerente del Hotel, lo entrega íntegro y espera un giro de la familia. Cuando me contó esto decidí aquella misma tarde buscar nueva residencia. Aquel no era mi plan y no quería pasarme la vida rodeada de viudas y hermanas de generales...»* (10).

Efectivamente, a los pocos días, cambiará de Hotel y se irá a La Rosa —el actual Andalucía—, *«donde, por lo menos, aquí, las mujeres que te friegan el cuarto cantan a grito pelado: ¡Ay mi rocío...! - «Tengo mi barco velero en el puerto de Almería...» - «Era la Malena cañí...», etc. etc. ¡Ah! y tienen a sus respectivos maridos en la cárcel esperando el indulto...»* (11). Referencia clara a los que aún seguían encarcelados después de la guerra.



Hoy H. Andalucía,
ayer Hotel La Rosa.

Apenas transcurrido un mes en Almería, da cuenta a su familia del primer jueves abrilero. Programa denso y distinto a los demás días porque es festivo. *«Por la mañana, misa en los jesuitas con la niña del hotel y la hija del Director del único periódico que tenemos aquí en Almería, «Yugo», a las doce desfile militar observado desde el Café Capitol, de los mismos dueños del Hotel, junto con las niñas y la señora del periodista —una aragonesa que parece una criada— a la una, recepción oficial en el Excmo. Ayuntamiento formando parte de la comisión de profesores del Instituto, a las cinco cine con las peques y su mamá, a las siete reunión en casa de la profesora de Latín; a las diez fuegos artificiales en la Puerta de Purchena, donde hay un «cañiyo» de agua con raras propiedades casamenteras. Si una bebe de él... ya no sale de Almería...»* (12).



Primer edificio del Instituto, en el convento de Sto. Domingo, hoy Escuela de Artes.

Son abundantes las referencias al Instituto, a sus profesores, alumnos, etc. En una primera toma de contacto dice que *«se caracteriza por ser una especie de asilo, el Director enfermo de tuberculosis en cama y cobrando, el de Física enfermo y cobrando, las mujeres de los profesores de Matemáticas e Historia encargadas de curso y cobrando... Todo esto y una cantidad de personal en activo mengua enormemente las permanencias. Creo que yo únicamente llegaré a cobrar entre todo un sueldo de mil pesetas al mes (750 de sueldo y el resto de permanencias)... Anuncié que me quedaría con los cursos mayores, exceptuando el 5.º para no dejar en seco a D. Eusebio y el 7.º que no quería tomar con toda su responsabilidad y tan a fines de curso. Tengo pues a mi cargo 3.º chicos y chicas, 4.º idem y 6.º en las mismas condiciones. Son seis cursos, aunque sólo tres clases a preparar y organizar. Cada curso me lleva con su permanencia hora y media... Mi primera clase fue la del día 12. Debuté con el 4.º curso de varones. Estaba muy emocionada...»* (13). Se siente contenta y con ánimo tranquilo: *«Yo aquí no tengo conflictos con nadie. He caído en gracia a todo el mundo. Me animan y me cuidan... Naturalmente voy diciendo que Almería es preciosa y... es verdad»* (14).

Enseguida toma cariño a la ciudad, al Instituto, a sus alumnos y afirma que *«estoy casi decidida, sino es para reunirme con vosotros, no me muevo de aquí. Además, y no es pisto, desde que yo llegué el Instituto se animó: excursiones, certámenes, conversaciones de arte con los alumnos, incremento del préstamo de libros...»* (15). Por aquellos meses la Junta de Gobierno del Instituto andaba tras la construcción de un nuevo edificio porque *«el actual no es muy malo —recuerdo aquel Instituto de Tortosa o la misma Universidad central— pero incapaz. No tenemos siquiera sala de profesores y nos reunimos en Secretaría a tertuliar. Tiene un pequeño patio muy mono, el antiguo claustro de Santo Domingo. Ocupamos pues el mismísimo convento. Con motivo de la quema y destrucción de su Iglesia, los dominicos se han metido en grandes obras y quisieran recuperar este edificio. Como son los custodios de la Patrona y tienen prestigio, aunque aquí la gente no siente la religión con entusiasmo andaluz, ni mucho menos...»* (16). Añade después: *«Aquí, en Almería no hay conventos de monjas con prestigio, en cuanto a los muchachos, uno sólo nos hace la competencia, el Lassalle. Tenemos chicos con alpargatas y señoritos andaluces con brillantes en la corbata. Niños de pescadores y las sobrinas del alcalde. Todo el mundo va al Instituto...»* (17).



Segundo edificio del Instituto, antigua Escuela de Artes, hoy, Instituto «Celia Viñas».

No faltan las detalladas informaciones sobre su tiempo libre, sus momentos de ocio: *«Por el Paseo del Generalísimo tiene uno que pasar diez mil veces al día necesariamente: para ir a clase, para ir a Correos, para ir al Muelle, para ir a la Pescadería, para ir al Parque, para ir al cine, para ir a misa... ¡El cine! Un solo cine que cambia de programa cada día para asegurarse el lleno y que nos da celuloide rancio a 1,70 la butaca, He visto «María Stuard», «El Crimen del Casino», «Esposados y desposados», «Los hombres no son dioses», «Lo mejor de la vida»... Los ratos libres los paso en el muelle mirando el mar y tomando el sol, sentada en el parque leyendo un libro, en el cine con alguna alumna mayor o de tertulia en casa de los profesores de Historia o de Latín...»* (18).

Aún no han transcurrido dos meses en su nueva ciudad y ya tiene que hablar en la Fiesta del Libro. Va ser su primera intervención en acto público. El día 1º de mayo, pronunciará su conferencia sobre el Quijote, en la que aparecen frecuentes referencias a Almería. *«Almería, frente al Mediterráneo, serenidad del templo clásico... En este fondo azul de nuestro mar... Es la dulce influencia del mar la que nos centra a nuestro libro, a nuestro «Quijote», en el nudo clásico de las letras, el mar que no puede llegar a Castilla, pero que baña en una misma oleada comprensiva, nuestra Almería y las costas de Sicilia y Nápoles, Argel y Corinto...»* (19).

NOTAS

- (1) Carta inédita de Celia Viñas a su familia: Madrid, 27 de enero, de 1943.
- (2) Ambas citas tomadas de carta inédita de Celia Viñas a su familia: Almería, 18 de marzo de 1943.
- (3) Carta inédita de Celia Viñas a su familia: Almería, 24 de marzo de 1943.
- (4) Carta cit. en nota anterior.
- (5) Carta cit. en nota 3.
- (6) Carta cit. en nota 3.
- (7) Carta cit. en nota 3.
- (8) Carta cit. en nota 3.
- (9) Carta inédita de Celia Viñas a su familia: Almería, 1 de abril de 1943.
- (10) Carta cit. en nota anterior.
- (11) Carta cit. en nota 9.
- (12) Carta cit. en nota 9.
- (13) Carta cit. en nota 9.
- (14) Carta cit. en nota 9.
- (15) Carta inédita de Celia Viñas a su familia: Almería, 8 de abril de 1943.
- (16) Carta cit. en nota anterior.
- (17) Carta cit. en nota 15.
- (18) Carta cit. en nota 15.
- (19) *Yugo*, Almería, 2 de mayo de 1943, pág. 4.